



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVII

DECRETO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13599

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 150 pts.—Tres meses, 450 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR, 24

VIERNES 22 DE MARZO DE 1907

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correa postal en París: Mr. A. Lorete, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 31, Faubourg-Moütaire.



La Unión y el Fénix Español

Compañía de Seguros Reunidos

AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA, FRANCIA Y PORTUGAL

42 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS sobre LA VIDA.—SEGUROS contra INCENDIOS.

Subdirección en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPAÑIA. Caridad 4, principal.

La Virgen de la Caridad

Nada tan simpático para todo el que cifre su orgullo en llamarse cartagenero, que reseñar aunque brevemente siquiera, los comienzos de la Santa Iglesia del Hospital de Caridad, ya que el poco espacio de que dispongo me impide extenderme en hacer la gloriosa historia de ese Hospital, modelo entre los de su clase y verdadero galardón de esta caritativa y bella ciudad.

La primera imagen que se veneró en la capilla del Hospital después de su fundación, por el inolvidable Roldán, fué una pequeña elígie de María de los Dolores, regalo hecho por Antonio Rosique, soldado inválido de galeras.

Pasado algún tiempo, uno de los hermanos de la Caridad, que con más entusiasmo y fervor sostenían aque-lla santa obra, don Francisco, asino artillero de la Galera almirante «San José», despuso de contribuir al fomen- to y desarrollo de tan filantrópica em- presa y hallándose á la sazón en Ná- poles, bastaronle muy ligeras insinua- ciones del señor don Manuel Aurich y Torres para decidirse á hacer un va- lioso regalo que jamás olvidará el pueblo de Cartagena.

Esta inestimable regalo fué la santi- sima y devotísima imagen de María de los Dolores, arrodillada al pie de la cruz y con el yerto cadáver de su hijo que sostiene en sus brazos. Imagen que todos desde entonces adoramos y á la que venimos dando el dulcísimo nombre de «Virgen de la Caridad».

El sábado 17 de Abril de 1723 llegó á este puerto en la galera referida, siendo inmediatamente desembarcada y conducida procesionalmente en medio del más grande entusiasmo, á la capilla privada del Santo Hospital, donde permaneció hasta que bendici- da otra sala más amplia se trasladó á ella.

Entre tanto todos los fieles cesaban de hacer innumerables regalos á esta hermosa Virgen, cuyos milagros fueron tantos y tan patentes, que la devoción aumentó hasta el punto de ser insuficiente el nuevo local, com- prendiéndose entonces la necesidad de que fuese venerada en público, pidiéndose al efecto la correspondien- te licencia, que se obtuvo el 19 de Marzo de 1724.

Luego que estuvo dispuesta esta ca- pilla con puerta á la calle y provista de los sagrados ornamentos, dió el permiso el ilustrísimo señor don Tomás José de Montes, arzobispo de Se- lencia y sucesor del inolvidable carde- nal don Luis Belluga y Moncada, en auto del 18 de Febrero de 1729, para la traslación de la imagen á la nueva ca- pilla pública, lo que se verificó con inusitada pompa en el sucesivo mes de Marzo.

Mañana siendo insuficiente la capilla, para contener á los devotos que de to- das partes acudían, el 15 de Abril de 1743, el entonces Hermano Mayor don José González Infanzón, propuso á la Junta y ésta lo acordó así, edificando una Iglesia más capax en el sitio que era campo-ranto. La ceremonia de colo- car la primera piedra se verificó en la tarde del 27 de Mayo del propio año, terminándose su construcción en Ene- ro de 1744.

El 6 de Febrero tuvo efecto la bendi-

ción del nuevo templo y el 7 se instaló en el camarín, la milagrosa y bendi- ta imagen, á cuyos solemnes actos concurren el Ayuntamiento, autori- dades, clero, comunidades y numeroso público.

En los días subsiguientes celebróse una octava de misas cantadas con ser- mones, y en las tardes de esos mismos días se cantaron salves á toda orques- ta, acudiendo tal concurrencia, que la mayor parte no podía penetrar en la Iglesia.

Allí permaneció ciento cuarenta y nueve años. En 1890, el entonces Her- mano Mayor y cartagenero ilustre don Ginés Moncada y Prats, lanzó la idea de construir un nuevo templo, y la hu- biera realizado á no interrumpir la muerte esa ciertos trabajos.

Después, su sucesor el insigne inge- niero naval, gloria del cuerpo, D. To- más Tallier y Ameller, adelantando de su bolsillo particular cuanto oie- ro hizo falta para abonar los cuantiosos gastos que originó la obra, y tra- zando él mismo los planos, pudo ver terminada la nueva Iglesia, á la que se trasladó nuestra amantísima Patro- na en el año 1893, siendo aquella fe- cha de gran recompilación para los car- tageneros, que tribularon á su santi- sima Madre un homenaje como ja- más se ha conocido, y que patentizó el inmenso cariño que este pueblo pro- fesa á la que es su amparo y su ale- gría, en las tribulaciones de la vida.

Al conmemorar la Iglesia Católica, en el día de hoy, la festividad de mi idolatrada Virgen, quiero yo, el más humilde de sus hijos, ofenderle, lo único que poseo, mi cariño y mi de- voción.

José Moncada Moreno.

DE ACTUALIDAD

¡La pobre habichuela!

A vosotros los maldicientes, á vos- otros los que á cada momento inju- riáis á este producto vegetal, á vos- otros los que os pasáis la vida rene- gando de las habichuelas y de quien las inventó, dirijo precisamente esta plática, en defensa de lo justo y equi- tativo, para haceros saber en qué dis- tanciados andáis de la verdad calomniando á injuriando torpe y sistemáti- camente á las judías, que no son dignas, por cierto, de vuestras «judías».

Sabedlo bien: la modesta habichue- la, tan desdeñada por vosotros, es un alimento de primer orden, en «orden» de su composición química y á su re- lativamente reducido precio. Contiene una enorme cantidad de hierro, y digo «enorme», porque supera en mucho á la cantidad de hierro contenida en la carne de vaca y aun otras carnes, como tendréis el gusto de ver en la si- guiente lista calculada para un kilo- gramo de substancia:

Carne de vaca	0'00480
» » ternera	0'00270
» » pescado (pescadilla)	0'00150
Bacalao	0'00420
Huevo de gallina (sin casca- rón)	0'00570
Pan de trigo	0'00480
Habichuelas	0'00740

Contiene también la judía una regu- lar cantidad de almidón, cantidad que en el cuadro de Nedats aparece repre-

Periódicos locales

“LA CARIDAD”

Este apreciable semanario católico, que desde hace tres años ve la luz en Cartagena, ha publica- do hoy, con motivo de la festividad de la Virgen de los Dolores, un número extraordinario dedica- do á ELA por entero.

Entre los notables trabajos que inserta, figura la siguiente inspirada poesía, que, con permiso del estimado colega, reproducimos á continuación:

PLEOARIA

Madre del infortunio, doliente Madre mía,
En busca de consuelo me postro ante tu altar:
Mi espíritu está triste, mi vida está sombría:
Pasaron por mi alma las olas del pesar.

Estoy en desamparo; no tengo quien me acoja:
Hay horas en mi vida de bárbara aflicción;
Y solo... siempre solo... no encontrar quien reconja.
Las lágrimas secretas que llora el corazón.

Es cierto que del mundo en la corriente impura
Cayeron deshojadas las rosas de mi fe;
Que en pos de mil fantasmas de juvenil locura,
Corriendo delirante, Señora, te olvidé.

Que me cegó el orgullo satánico del hombre,
Y en mi ánimo turbada la diula penetró,
Y se olvidó mi labio de pronunciar tu nombre,
Y de mi mente loca la imagen se borró...

Es cierto... ¡pero escucha! de niño, te adoraba:
Al pie de tus altares mi madre me llevó...

sentada por la cifra 36 010; el nitróge- no se encuentra en una considerable proporción: 30'80; las grasas aparecen con 1'80; las sales, con 3'50, y el agua figura, según Paven, con una cifra re- lativamente pequeña: 12'50 010.

De suerte que quien come judías, que son «la carne del pobre», no tiene por qué ni para qué renegar de su suerte. ¡Hay tantos señoritos por ahí que no ingieren en las 24 horas las cantida- des de Nitrógeno, Carbono, Hidrógeno, Oxígeno, Hierro, etc., contenidos en un buen plato de habichuelas!

Ya véis cuán infundadas son vues- tras injurias; templad un tanto vuestra ira contra el «autor» de las judías, y comedlas sin temor y sin perjuicio, porque, ya queda dicho antes—quí- mica y socialmente hablando son «la carne del pobre».

Pero hacédlas hervir bien y bastan- te hasta que se desprenda la cubierta, que contiene en abundancia celulosa, que es muy indigesta y produce cóli- cos frecuentes. La celulosa represen- ta en las judías un 8 010 de peso total;

suprimase por el procedimiento di- cho, y... ¡á comer habichuelas!

ANGEL AVILÉS

Cartagena 22 III 907

El Náufrago del «Sirio»

Composición de recompensas

El Gobierno italiano, ha acordado ya los premios que han de otorgarse á las personas que en Cabo Palos contribuyeron al salvamento de los naufragos del trasatlántico «Sirio».

Entre otras recompensas ha con- cedido las siguientes:

Medalla de oro, con inscripción de valor marino, al patrón del laúd «Jo- ven Miguel», Vicente Bobiques, ya condecorado por nuestro Gobierno con la cruz roja del mérito naval.

Otras medallas de oro y bronce á varios patrones de barcas, al ayu- dante de Marina de Cabo de Palos y al jefe del faro de las Hormigas.

Boletín Oficial

El Boletín oficial de la provincia, llegado hoy á esta ciudad, contiene: Anuncio de cátedra, vacante en la Universidad de Valencia.

Otros de solicitud de pertenencias para las minas «El necio», «El porce- nizo» y «Nuestra Señora de Lourdes» de los términos de Aguilas y Lora.

Otro sobre adquisición de materia- les para el Arsenal de este Departamento.

Providencias de la Tesorería de Ha- cienda premiando á contribuyentes morosos.

Edicto de contribuciones.

Extracto de acuerdos tomados por el Ayuntamiento de Yecla.

Edicto de las alcaldías de Beniel y Bullas.

Otros de los juzgados de la Cata- draí, Fortuna, San Juan, Totana, Lor- ca, Jete, La Unión y Fuente Álamo.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 103

el momento, la impresión que me produjo fué de un efecto extraordinario. Aquello no me pareció una cara, me pareció más bien una máscara, un ho- rror, una deformidad. Allí no había ni nariz, ni expresión; era una superficie lisa, dura, homogé- nea, con los ojos laterales y salientes, de tal suerte, que se distinguían en la sima las prominencias que formaban y que yo había creído al pronto que eran orejas.

En muchas ocasiones he tratado después de dibu- jar una de estas cabezas, y nunca lo he podido con- seguir. No se puede nadie dar cuenta de lo que es aquella horrible falta de expresión; ó más bien, falta de «carácter» de expresión.

En todas las fisonomías que un hombre encuen- tra en la tierra, halla siempre, ordinariamen- te, una expresión que cambia á cada momento con el estado de ánimo del individuo. En la ima- gen el contrario, cuando uno de estos seres mira, parece que le está á uno mirando una máquina. Y un ser de esta clase, un enigma viviente de esta condición: era el que se erguía ante nosotros, con- templándonos en silencio.

Pero cuando digo que aquel sér fantástico no ten- ía cambio de expresión, no quiero significar que no tuviese una expresión particular, como la tiene siempre, en cierto modo, cualquier objeto, como la capacidad de una chimenea ó el ventilador de un bu-

LOS PRIMEROS HOMBRES EN LA LUNA 102

que de vapor. Tenía una boca encorbada hacia aba- jo, como una boca humana que se abriese con ex- presión de ferocidad; el cuello sobre el cual desca- saba aquella cabeza estaba articulado por tres par- tes, así á la manera de las extremidades de las patas de un cangrejo. Las articulaciones que pudie- ra tener en las extremidades no podía distinguir, á causa de unas bandas que iban arrolladas sobre estas extremidades y que constituían el único vesti- do de aquel sér.

Por lo tanto, la impresión que me produjo todo aquel conjunto fué que la existencia de tales crea- turas era un absurdo virilente. Supongo que el ta- lento, á su vez, estaría tan acostumbrado, por la misma razón, al contemplarnos á nosotros, sola- mente que el maldito no manifestaba su acobor- do. Nosotros, por lo menos, sabemos que una serie de cir- cunstancias habían separado el encuentro de seres tan incompatibles, cual nosotros habitantes de la tierra, y aquellos seres pobadores de la luna; pero ¡imagínese el lector lo que pensaría un respetable ciudadano de Londres, por ejemplo, que se lea- trase de repente un par de seres del tamaño de los hombres, pero absolutamente distintos de los hu- males de la tierra, paseando por las praderas de Hyde Park! Pues tal debía ser la sorpresa del se- ñorita al vernos á nosotros; pero también ¡qué cualquiera se imagine la nuestra!